CUENTO, LUEGO EXISTO: *LA GUERRA DE LOS DOS MIL AÑOS,* DE FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

A la luz de la bibliografía existente, uno de los aspectos menos estudiados hasta ahora de Francisco García Pavón, escritor nacido en Tomelloso (Ciudad Real) en 1919, es el relacionado con esa obra suya encauzada por los senderos de lo fantástico. Su libro más representativo dentro de esta modalidad es el titulado *La guerra de los dos mil años,* aparecido en el año 1967, momento en el que, según Óscar Barrero, se percibe en la literatura española, frente a la década precedente, una recuperación de la fantasía.[1]

Pese a existir desde bien temprano esa vena fantástica en autores españoles como Torrente Ballester, Alemán Sáinz y Álvaro Cunqueiro, no es menos cierto que, como ha señalado Fernando Valls, el ejemplo de determinados escritores hispanoamericanos como Borges y Carpentier fue decisivo para el desarrollo de esa faceta de escasa tradición en nuestras letras.[2]

El propio García Pavón, convertido en ocasional teórico del género, llevó a cabo una *Antología de cuentistas españoles contemporáneos* [3] en la que, en su segunda edición, recogía relatos publicados entre 1939 y 1966. En el prólogo a la primera edición, aparecida en 1959, García Pavón habla de las tendencias domi-

---

[1] *El cuento español, 1940-1980* (Madrid: Castalia, 1989), p. 33.

[2] *Son cuentos. Antología del relato breve español, 1975-1993* (Madrid: Espasa Calpe, 1993), pp. 12-13.

[3] Madrid: Gredos, 1970.

nantes en la narrativa española de aquellos años. Según este autor, los textos por él seleccionados estarían de acuerdo con alguna de estas cuatro características: falta de fantasía, ausencia de humor, preocupación por el estilo y el tono poemático.

Por su parte Luis de la Peña,[4] en su estudio de 1989 titulado «Francisco García Pavón, escritor de cuentos», aunque previamente advierte que «estos grupos no son herméticos y las interconexiones entre ellos son grandes» (p. 96), fija en la obra de García Pavón tres tipos de relatos: por un lado tendríamos los aquí llamados cuentos de corte intimista, «con una fuerte carga autobiográfica, real o aparente en la mayoría de ellos» (p. 97) —*Cuentos de mamá* (1952), *Cuentos republicanos* (1962), *Los liberales* (1965), *Los nacionales* (1977), y algún que otro texto de *Cuentos de amor... vagamente,* aparecido en 1985—. En segundo lugar estarían los relatos de tema o asunto policíaco, como aquellos en los que se desarrollan las aventuras del Jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso Manuel González, Plinio. Finalmente Luis de la Peña sitúa aquellos relatos de carácter fantástico, «alejados de la estética realista que impera en los grupos de cuentos anteriormente citados» (p. 103). *La guerra de los dos mil años* es, como cabe suponer, el único libro de García Pavón incluido en este último apartado.

La aparición en 1967 de *La guerra de los dos mil años* fue algo inesperado en un autor como García Pavón que desde 1952, con la publicación de sus *Cuentos de mamá,* ya se había decantado en favor de un determinado tipo de literatura aparentemente ajena a todo lo que tuviera que ver con lo fantástico. De ahí que no nos extrañe que Antonio Iglesias Laguna, con gran asombro, hablara de un giro de 180 grados en la narrativa del escritor tomellosero.[5] Asimismo Guillermo Díaz Plaja, en su reseña crítica del diario *ABC* (1 febrero 1968), da la bienvenida a lo que, con no poco entusiasmo, él denomina «un estupendo libro de invención novelesca que bien podría alinearse junto a las mejores páginas de Jorge Luis Borges o de Manuel Mújica Láinez».

---

[4] *Lucanor* 4. Pamplona (diciembre 1989): 91-114.

[5] *Treinta años de novela española, 1938-1968* (Madrid: Prensa Española, 1970), p. 253.

No hay que olvidar, sin embargo, que García Pavón se inició en el mundo de la narrativa con una novela en la que abundan los elementos oníricos y fantásticos. Nos referimos a la titulada *Cerca de Oviedo*,[6] aparecida en 1946. En esta obra el narrador es un joven que vive en una pensión de la madrileña calle Cortezo y que siente deseos de llevar a cabo una novela. Su anciano amigo Andrés le recomienda que vaya a un lugar de Asturias y hable con una familia que él conoce. Con todo ese material, le explica Andrés, será suficiente para escribir esa historia.

Eugenio de Nora, en *La novela española contemporánea* (1936-1967),[7] destacaba, a propósito de *Cerca de Oviedo,* la «seguridad y eficacia del autor no sólo en la narración, sino también con su excepcional recurso de los sueños y pesadillas reveladoras» (p. 256). Estaríamos, pues, como este mismo crítico apunta, ante una «visión humorística, burbujeante de agudeza, desenfado y malicia, veteada de conceptualismo y fantasía» (p. 255).

Francisco García Pavón ha reconocido en reiteradas ocasiones la existencia en su obra narrativa de una vena fantástica. Así, en el prólogo que va al frente de sus *Cuentos* publicados en Alianza Editorial, leemos estas líneas: «En mi obra narrativa, mayormente realista, irónica y más o menos poética y evocativa, muy de cuando en cuando se producen hasta ahora algunas salidas bastante fantásticas muy dentro de mi vena humorística, que aparecieron ya en mi primera novela larga, *Cerca de Oviedo* (1946), y no resurgieron de manera completa hasta en mi penúltimo libro de cuentos, *La guerra de los dos mil años* (1968)».[8]

Que nosotros hayamos podido registrar, la siguiente incursión de nuestro autor en el mundo de lo fantástico tras la publicación de *Cerca de Oviedo* tiene lugar en 1955 en su libro de cuentos titulado *Las campanas de Tirteafuera*.[9] En esta última obra encontramos un relato de indudable tono fantástico titu-

---

[6] Madrid: Imprenta Molina, 1946.

[7] Madrid: Gredos, 1970 (2.ª edición).

[8] Barcelona: Destino, 1967. Citaremos a través de la edición de 1971.

[9] Madrid: Ediciones Puerta del Sol, 1955.

lado «Justinona, Justina, Justinina... nada». En él se nos narra el extraño proceso de una niña muy gorda que, sin que se sepa la causa, va disminuyendo rápidamente. El caso llega a oídos de los más consumados especialistas. Justinona, en su imparable afán menguante, termina desapareciendo entre las manos de los médicos que la atienden.

Hasta 1970, fecha de aparición de *Nuevas historias de Plinio*,[10] no se produce ninguna incursión de interés en el terreno de lo fantástico por parte de García Pavón. En la aludida obra se incluyen cuentos ya conocidos como «Los carros vacíos» y «De cómo *el Quaque* mató al hermano Folión...». Junto a ellos, se publicaron por primera vez los titulados «El caso de la habitación soñada», «Echaron la tarde a muertos», «Las desilusiones de Plinio» y «Muerte y blancura de Baudelio Perona Cepeda». El último indicado es el relato que más rasgos fantásticos posee. Nada más comenzar el cuento, Plinio hace una llamada telefónica a don Lotario para comunicarle «algo importante». El texto toca a su fin sin que sepamos el motivo por el que el jefe de la G.M.T. ha convocado tan urgentemente a su fiel compañero. Y esto es así porque don Lotario llega anticipadamente al lugar de reunión —la terraza del casino de San Fernando— y allí se encuentra con Baudelio Perona, colocado «mismamente debajo de un árbol de pájaros cagoneros» (p. 192). El veterinario saluda, y de igual manera responde el saludado, si bien se puntualiza que «con poca voz y sin dejar de mirar con aire cansado al infinito, que se acababa justamente en la frontera de la posada de los Portales» (p. 192). Baudelio era conocido en todo el pueblo por cierta cualidad que le distinguía del resto de sus contemporáneos: «Aunque Baudelio Perona, según las cuentas, tenía los ochenta años vencidos, pero que muy vencidos, conservaba el pelo negro, de negro caldereta, que le asomaba como cerquillo de clérigo bajo la boina negra, que nadie jamás le vio apeada de su bóveda occipital» (p. 194). Don Lotario comienza a sospechar del extraño ensimismamiento de Baudelio. Después trata de ofrecerle un cigarro, pero el viejo no mueve ni un solo dedo, «cosa rarísima, si se tiene en

[10] Barcelona: Destinolibro, 1988 (1.ª ed.: Barcelona: Destino, 1970).

cuenta que Baudelio siempre confesó dos vicios inquitables a lo largo de su dilatada biografía: fumar pitos uno, y fumarlos de gorra otro» (p. 194). Don Lotario, hombre de ciencia a fin de cuentas, hecha la prueba del cigarro, advierte que Baudelio ha pasado a mejor vida. Y justo durante las auscultaciones del veterinario, ahora en plena labor de médico de cabecera, tiene lugar «cierta vibrátil y sutil mutación en la cara y aladares de Baudelio Perona» (p. 194): «Y es que el viejo Baudelio, nada más dejar la vida, encanecía con toda la prisa que no tuvo en los ochenta años de su partida de nacimiento. Como si a la muerte no le pareciese propio llevarse a un tomellosero tan anciano sin albura en el pelo. Y vio que la barba de Baudelio, intonsa desde el sábado último, como si le estuviesen echando chorritones de leche con mucha rapidez, se tornaba blanca, blanca sin perdón de pelo ni punta, de bigote ni patilla, de sien ni gorguero» (p. 195).

A la vista de este relato podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que lo fantástico ha sido un elemento que por la razón que fuere —una razón acaso tan misteriosa como la extraña metamorfosis del casinero que claudicó con don Lotario por testigo— García Pavón, como las canas de Baudelio, tenía retenido quizá en espera de llevar a cabo una novela mucho más madura y redonda que la publicada en 1946.

¿Qué es lo que pudo influir en García Pavón para retomar ese camino de lo fantástico que, exceptuando esas esporádicas incursiones a las que antes nos hemos referido, parecía definitivamente clausurado tras la publicación de *Cerca de Oviedo*?

En ese trabajo de Luis de la Peña antes aludido se habla de la influencia que sobre García Pavón ejercen cinco hechos fundamentales que, al parecer, el escritor de Tomelloso tuvo muy presentes a la hora de llevar a cabo *La guerra de los dos mil años*: la crisis del final de la década de los sesenta; los movimientos contestatarios a la guerra del Vietnam; la aparición de Luther King y su asesinato; la lucha antirracista, y, finalmente, el mayo del 68 (p. 104). Mucho más revelador resulta lo que el propio Francisco García Pavón responde ante la pregunta de Charles L. King acerca del título de esta obra que comentamos: «La idea es que la civilización nuestra, la civilización cristiana, tiene dos

mil años; que los hombres desde los orígenes llevamos perjudicándonos los unos a los otros, atacándonos los unos a los otros desde que nacimos, desde los orígenes del mundo, claro, pero yo lo pongo en los dos mil últimos años, es decir, desde el nacimiento del cristianismo».[11]

A nuestro entender, lo fantástico de *La guerra...* no es sino un pretexto para llevar a cabo toda una compleja y bien elaborada teoría social y política en la que queda reflejada, con toda suerte de detalles, la España de aquellos años en los que, inútilmente, la dictadura trató de enmascarar la postguerra con el emplasto del turismo y el recién estrenado ingreso en algunos organismos internacionales.

En esa conocida obra de Peter Penzolt titulada *The Supernatural in Fiction* se dice de modo general que «para muchos autores, lo sobrenatural no era más que un pretexto para describir cosas que jamás se hubieran atrevido a mencionar en términos realistas».[12] En el caso de García Pavón basta pensar en la censura española de aquellos años para encontrar suficientes razones que expliquen una actitud creadora semejante.

Para Erna Brandenberger estaríamos ante lo que ella denomina «un libro de imaginación crítica».[13] Luis de la Peña coincide en señalar que, junto con lo lírico, fantástico, irreal, imaginario y surrealista, en *La guerra...* hallamos toda una «agria crítica social del mundo que se avecina»; un enérgico alegato contra «los usos y costumbres de una sociedad que se dirige hacia un futuro de injusticia e incomprensión irreparables» (p. 103). Por su parte, Charles L. King considera que esta colección de cuentos gira en torno a dos temas esenciales: la injusticia social y las fuerzas deshumanizadoras por la incontrolada tecnología. García Pavón en el prólogo a sus *Cuentos* aparecidos en Alianza Editorial también reconoció esa intención crítica «de ciertas pervivencias sociales y fórmulas políticas de entonces».[14]

---

[11] *Revista de Estudios Hispánicos* 8 (1986): 72.

[12] London: Peter Nevil, 1952, p. 146.

[13] *Estudios sobre el cuento español actual* (Madrid: Editora Nacional, 1973), p. 136.

[14] Madrid: Alianza Editorial, 1981, p. II.

En *La guerra de los dos mil años* encontramos una veintena de relatos que poseen cierto carácter de encadenamiento sin perjuicio de la unidad interna y de la independencia que es posible hallar en cada uno de ellos. Los hechos son narrados en primera persona por un protagonista que, como indica Luis de la Peña, «es conducido por una mujer a través de un futuro estremecedoramente triste, duro y sin sentido» (p. 103). Un misterioso personaje que responde al nombre de «Ella» y que nos recuerda, según apunta Antonio Iglesias Laguna, a esas damas de las alegorías de los poetas medievales que tienen por misión conducir al protagonista por los diferentes campos de la realidad.[15]

En los cuentos titulados «Un paseo por el campo» y «El cementerio capitoné» las connotaciones políticas y sociales son evidentes. En las páginas del último relato citado asistimos a un enfrentamiento entre «iluminados» y «oscuros». O lo que es lo mismo: entre los poderosos y el proletariado. En este texto las casas y todos los edificios de la ciudad comienzan a encenderse y a mostrar cuerpos incrustados de hombres y mujeres «que relataban biografías muy parecidas» (p. 21). A partir de la media noche este fenómeno experimenta un nuevo y significativo cambio: «Entonces, además de las casas, muchas señoras y señores empezaron a notarse así como dibujos en la piel, a manera de tatuajes molestos» (p. 22). Media hora después, «todos los tatuajes de todas las cosas del mundo se iluminaron y empezaron a contar su historia» (p. 22). Ante tal hecho, en la ciudad sólo permanecen los «hombres y mujeres oscuros, sin tatuajes, los que vivían de sí mismos, los que vivían de sus manos, los que se prestaban y se vendían para construir aquellas moles y cuerpos de los poderosos» (p. 23). Unos enormes camiones de bombas brillantes de luz y de energía llegados de todo el mundo terminarán por rescatar a los iluminados, que ante tal perspectiva entonan «cantos de nuevos títulos nobiliarios y de derechos de toda la vida. Cantos que elogiaban la mantilla española y el rosario en familia» (p. 24). Los hombres oscuros, perdida nuevamente la ilusión, vuelven a sus puestos de

[15] *La Estafeta Literaria* 395 (4 mayo 1968): 37.

trabajo: «Se incorporaban con la espalda desnuda para recibir el sello renovado de su raza sin himnos, ni grandezas, ni complutense, ni Reyes Católicos» (p. 24).

En «Un paseo por el campo» quizá se esté aludiendo al desastre de la guerra civil española, a la sangre de esos inocentes caídos, de un lado y de otro, durante la contienda. Ella y el narrador pasean esta vez por unos montes habitados por cabras hispánicas rojas a causa de la sangre de cuantos murieron injustamente: «Decía Ella que entre los picos más altos había lagos de sangre espesa donde nadaban sin cesar las cabras hispánicas en espera de no se sabía qué día importante de la historia (...). A la luz de la luna, en los lagos, se veía el torpe chapotear de las cabras. Porque no podían dejar de hacerlo nunca para que aquella sangre no se cuajara, ya que entonces se perdería el recuerdo de los inocentes» (pp. 101-102).

Uno de los cuentos más logrados de todo este conjunto es el titulado «El avión en paz». En él un avión de pasajeros se queda misteriosamente inmóvil en el aire durante más de dos décadas hasta que es descubierto por los pilotos de un Caravelle de la Compañía Iberia que realiza la travesía entre las ciudades —de tanta raigambre franquista en los inicios de la guerra civil española y los primeros años de la dictadura— de Burgos y Sevilla. No se trata, como al principio se llega a suponer, de un incomprensible fenómeno de óptica. El piloto del Caravelle decide realizar una primera inspección. Los pasajeros del viejo bimotor aparecen totalmente inmóviles. Desde el exterior parece captarse «algo así como si una radio transmitiese himnos marciales». Cuando el hecho llega a oídos de las autoridades se intenta penetrar en su interior, lo que resulta imposible. Al cabo de los años, pese a quedar en entredicho las más elementales leyes de la Física, el mundo termina por acostumbrarse a esa curiosa anomalía.

Charles L. King no duda a la hora de identificar ese viejo avión, ajeno al progreso y al paso de los años, inaccesible, inmóvil y extemporáneo, con el propio gobierno español, presidido por el general Franco, quien por aquel tiempo proclamaba a los cuatro vientos los primeros veinticinco años de paz. La extrañeza e indignación inicial de los países occidentales por la

toma del poder por parte de Franco también, como en el caso del aeroplano, termina por diluirse hasta llegar a la más completa indiferencia y pasividad.

En «La Fiesta Nacional» García Pavón reflexiona sobre determinados aspectos relacionados con la fe. Ella y el narrador asisten a una corrida de toros en la que el resto de los espectadores está compuesto por curas, frailes y monjas. Incluso la banda de música, dirigida por un franciscano, la forman sacerdotes. En el palco presidencial «había dos obispos, y entre ellos, un señor cardenal con púrpura y unos anteojos colgados sobre el pectoral» (p. 53). Se trata de una corrida de la que nadie está dispuesto a dudar de su existencia pese a la ausencia de toros y toreros, constantemente aclamados por un público «vibrante y enloquecido, con los ojos en el cielo o perdidos en el vacío» (p. 59). Acabado el espectáculo, el narrador le manifiesta al dueño de una tasca su extrañeza y su falta de entendimiento ante hechos de tal índole: «—Yo tampoco, señor. Pero no se preocupe porque siempre fue así» (p. 61).

Otro de los aspectos que más llama la atención del lector de esta obra de García Pavón es aquel que tiene que ver con el inminente peligro que supone para la integridad y la intimidad de los hombres la descontrolada evolución tecnológica. Dentro de este apartado resulta obligatorio incluir los relatos «Un mundo transparente», «Los andamios» y «Coches todo terreno». En el primero de ellos, cercano a las conocidas parábolas orwellianas, se da cuenta de la invención de una televisión a través de la cual es posible contemplar lo que hacen, a cualquier hora del día, todos los vecinos en diez kilómetros a la redonda. Al principio todo parece obedecer a un simple juego. Después se inicia un proceso de «angustia inenarrable». Ahora, ante la constante amenaza de ese «ojo universal», es necesario guardar las apariencias: «Todas las cosas íntimas había que camuflarlas como verdaderas vergüenzas y los humanos, en poco tiempo, se transformaron en seres de sonrisa estereotipada, modales correctísimos y palabras medidas, como si estuvieran de visita (...). El trabajo en oficinas y fábricas se convirtió en un verdadero martirio, a la vez que enormemente productivo, porque todo el

mundo al saberse observado y oído trabajaba con una meticulosidad especial y en absoluto silencio» (pp. 92-93).

Pero pronto, por la influencia de la T.V.I. (Televisión Indiscreta), comienza a cundir el nerviosismo, los ataques de locura y los suicidios. Las ventajas sociales que tal situación acarrea —la desaparición de ladrones y criminales y la obligada transparencia de la vida pública y administrativa— se consiguen a costa de atentar contra la libertad individual. Al final es necesario poner en marcha un decreto «para garantizar (...) la supervivencia de la sociedad humana dentro de la barbarie de la técnica» (p. 99).

Tanto en «Los andamios» como en ese otro relato titulado «Coches para todo terreno», García Pavón nos ofrece su particular visión de la ciudad del futuro, colapsada por el tráfico automovilístico. Ante este caos circulatorio es necesario inventar las llamadas «cucarachas», los coches «para todo terreno»: Unos vehículos que se desplazan «sobre los zócalos de las fachadas; entre balcones y ventanas, a la altura de todos los pisos, y muchos sobre tejados y ventanas» (p. 127). En «Los andamios» se habla de la necesidad de instalar tales artilugios, que dan título al cuento, para preservar a los peatones de la constante avalancha de vehículos. Las gentes terminan por caminar con gran soltura sobre los andamios. Abajo la inmovilidad de la circulación automovilística acaba siendo total. Los conductores quedan atrapados en sus coches que, meses después de continuar en el mismo sitio, terminan oxidándose. Un bando municipal ordena echar cemento sobre estos vehículos y sobre los cadáveres de sus propietarios «hasta formar una nueva calzada». De nuevo se dibuja el antiguo pavimento asfaltado, «y por fin, pocos años después (...) comenzó a repetirse la historia y nuevos coches, aunque pequeños, mucho más pequeños y endebles, empezaron a aparecer por las calles de la ciudad» (p. 116).

El mensaje de Francisco García Pavón no puede ser más desolador. Incluso hay un momento —en el cuento titulado «Palabras prohibidas»— en el que se nos habla, como un hecho consumado, de la destrucción «de la cabeza del mundo, allá por el año 1990, con las bombas niqueladas» (p. 117). Sin embargo,

no es menos cierto que, en ocasiones, es posible hallar a lo largo de estas páginas algún que otro mensaje optimista: «Decir hombre —leemos en 'Los andamios'— es decir esperanza, que procura teñir los peores presagios con evasiones consoladoras» (p. 111).

La literatura fantástica ocupa un lugar destacado en la producción literaria de García Pavón. Su enorme capacidad inventiva hacía que se sintiera ciertamente cómodo dentro de esta parcela en la que apenas contó con modelos, al menos en las letras españolas. En el interesante y significativo prólogo de su libro *Nuevas historias de Plinio,* García Pavón manifiesta su intención, acaso truncada por la muerte, de hacer del jefe de la G.M.T. «no un exclusivo investigador de crímenes, robos y secuestros, sino de sucesos humanos no codificados, cuyo fruto, en lo bueno y en lo malo, conforma la convivencia humana» (p. 13).

José Belmonte Serrano
Universidad de Murcia